



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PUBLICISTAS

JOAQUIN G. GÁMIZ-SOLDADO



Escritor infatigable
y periodista de fama,
que en la actualidad dirige
la *Gaceta de la Banca*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En la confianza está el peligro, por José Estremera.—Ya tengo escopeta, por José Jackson Ve-
yan.—El arte por el arte, por Fisco Yrizar.—Batarrillo, por Frey Con-
dal.—La Providencia, por Emilio de Motta.—Al camisero, por Simoes
Delgado.—Vanidad femenil, por Alvaro Ortiz.—Chismes y cuentos.—
Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Joaquín G. Gámez-Soldado.—Viajes extraordinarios.—Una
patija, por Celia.



Nadie dirá que ha entrado la primavera.

Por la mañana sopla el viento que es un gusto, y por la tarde comienza a caer una lluvia menudita que se va filtrando dulce-
mente en el cutis á través del gabán; de modo que llega uno á su casa hecho un azucarillo, y ya no tiene gusto para ir al tea-
tro ni para nada absolutamente.

Verdad es que no hay cosa más amena que la vida íntima del hogar.

La dulce esposa repasando calcetines á la incierta luz de un quinqué oloroso; el cabeza de familia haciendo cigarrillos; la criada cantando habaneras en la cocina, y los pequeñuelos re-
cortando estampas ó pintando monos ó tirándose objetos duros á la cabeza.

Todo esto exornado con la presencia de la abuelita, que suele padecer de irritaciones intestinales, y se pasa la noche exhalando quejas y regañando á los chicos.

—Arturo, ¿te voy á matar!

—¿Por qué, abuelita?

—Porque no quiero que te muerdas los botones. La culpa no la tienes tú, sino tu padre que no te educa.... Honorina, tráeme los anteojos, que están sobre el baúl, y á ver cómo no los manchas.... ¡Ay! Ya se me ha fijado el dolor en el vacío.... ¡Juanal! ¡Juanal! Traíganme usted la tila.

Mientras la suegra turba la paz del domicilio, el yerno baja la cabeza y hace pitillos silenciosamente, pensando en la felicidad que proporciona la compañía de una anciana con alteraciones en los intestinos.

A las diez traen el periódico, y da principio la lectura comentada:

«El crimen de la calle de Fuencarral»—dice el esposo leyendo.

Los niños se agolpan alrededor del papá, para no perder detalle.

—«El estado de Higinia es bueno, á Dios gracias. Á las ocho tomé chocolate con bizcochos y dijo con placentera sonrisa: ¡Me-cachis! Después se levantó alegre y estuvo conversando con un diputado provincial, tres concejales y un obispo que pasaba por allí y subió á ver qué se le ofrecía. Á las nueve le sirvieron una taza de caldo con una copita de Jerez, y no le dieron más cosas porque dijo que no tenía ganas. Luego se puso á saltar á la com-
ba, sin olvidar por eso sus deberes religiosos; rezó una cosita breve á la Virgen del Pilar, y enseguida recibió á un periodista que le hizo varias preguntas del tenor siguiente:

—¿Qué tal, Higinia?

—Yo, buena, gracias. ¿Y usted?

—Vamos tirando.

—¿Y la familia?

—No tiene novedad.

—Me alegro.

Después Higinia, con su natural gracejo, refirió los detalles del crimen, que fueron muy aplaudidos por los circunstantes. Un reputado pintor va á hacer un retrato de esta interesante mujer, vestida de guerrera; y se dice que un famoso dentista quiere regalarle una dentadura para cuando se le caigan los dientes.

Por ahora insiste en que ha dicho la verdad y está dispuesta á reconocer todos los sitios donde estuvo la tarde del crimen; después reconocerá á todas las personas nacidas, y así sucesivamente.

Es encantadora la sencillez con que refiere cómo buscó á los hombres para que le ayudaran á consumir el robo:

—Adiós, Fulano. ¡Llevas mucha prisa!

—Sí; voy á comprar pitillos y de paso á darle dos bofetadas á uno que me debe un pico.

—¿Quieres hacerme el favor de venir á robar? Es ahí cerca.

—Chíca, siento desairarte, pero tengo que hacer.

—Vaya, pues conservarse bueno.

—Tantas gracias. Ponme á los pies de Dolores.

Hasta ahora, las visitas han sido solamente de diputados pro-
vinciales; pero pronto comenzarán las damas á tributarle su con-
sideración, y es muy posible que vayan á hacerle compañía para que no se aburra.

Esta clase de noticias tiene una gran resonancia en los ho-
gares. Por eso algunos caballeros renuncian á salir de casa por las noches, y se entregan á la lectura de los periódicos para entretener agradablemente á la familia, y saber de paso si hay nuevas declaraciones y si la Balaguer ha designado á algún otro sujeto como autor del crimen.

Ya no se fia uno de nadie.

—¿Dónde estuviste el 1.º de Julio?—preguntamos á todos nuestros amigos, uno por uno.

Y hay quien se turba y contesta con voz balbuciente:

—Te diré; yo creo que estuve en mi casa todo el día, quitán-
dole las manchas á una cazadora, pero no me atrevería á jurarlo. Las cosas se están poniendo de tal modo, que hay momentos en que se me figura que me he metido en el crimen y que voy á re-
sultar asesino, sin saberlo.

El día menos pensado sale uno de su casa tempranito, para respirar el aire puro de la mañana, y se encuentra con Higinia y su séquito.

—Sí, aquél es—dice ella, señalándonos con el dedo.

—¿Quién?—preguntamos nosotros.

—El mozo del Sótano H, que se ha quitado las patillas.

Y nos detiene la autoridad para preguntarnos si hemos ser-
vido una ración de jamón y otra de gallina en pepitoria.

¡Ay, qué Higinia!

El crimen sigue siendo el asunto del día.

Hay una gran excitación en el público, y se discute calurosa-
mente acerca de la mayor ó menor razón que asiste á los peri-
dicos defensores de la acción pública.

Nosotros pertenecemos á la clase de neutrales por tempera-
mento.

—¿Qué opina usted de Rojo Arias?

—Pchst.

—¿Y de Galana?

—Pchst.

—¿Y de Ballesteros?

—Pchst.

—¿Y de Higinia?

—¡Uf!

Hé aquí nuestra opinión franca y desinteresada.

Deseamos que se haga la luz, que triunfe la justicia, que brille el astro de la verdad, para que sufran el condigno castigo los autores del crimen.

Y al propio tiempo, y sin que esto sea faltar á nadie, desea-
mos que aumente el número de suscritores al MADRID COMICO.

El que exija más imparcialidad y más discreción de nuestra parte, que avise.

LUIS TABOADA.

EN LA CONFIANZA ESTÁ EL PELIGRO

—¡Ay, mamá del alma mía!
Vengo de hablar con Manuel.

—¿Y qué?

—He reñido con él.

—Por alguna tontería.

—Me ha faltado, y no hay perdón;

ya le odio, ya no le quiero.

—¿Por qué?

—Porque es un grosero

sin pizca de educación,

un pillo, un desvergonzado,

y ya no le puedo ver.

—Pero explícate, mujer,

sepamos lo que ha pasado.

—El quiso que le dijera

los defectos que tenía.

Yo le dije que creía

que era un poco calavera,

que era antipático al pronto.

—Mujer, eso nunca agrada.

—Pues no; sin decirme nada,

se echó á reír como un tonto.

—Mejor, si no se enfadó.

—Y yo entonces, por saber,

le dije: «Vamos á ver,

¿qué defectos tengo yo?»

Él me respondió: «Ninguno.»

Yo respondí: «Nada, nada;

yo, como niña mimada,

tengo que tener alguno.»

A lo cual me respondió:

«No los tienes para mí.»

«Pues yo te digo que sí.»

«Pues yo te digo que no.»

«Vamos á ver, ¿me dirás

que no soy algo coqueta

y tengo algo de indiscreta?»

«Un poquito nada más.»

«¿Y que no soy manirrota?»

«Eso, vamos, lo sospecho.»

«¿No birco el ojo derecho?»

«Sí, pero apenas se nota.»

Ya ves si tengo razones

hartas de haberme ofendido,

puesto que él ha convenido

en que tengo imperfecciones.

—Si dijiste que dijera

la verdad, ¿por qué te afijé?

—Es que yo sólo lo dije

para que me desmintiera.

JOSÉ ESTREMEKA.

YA TENGO ESCOPETA

Aunque siempre trabajando,
ni me apuro ni me afijo,
y así, tranquilo aguardando,
casi me iba colocando
á la altura de un bótijo.

Un hombre bajo y obeso
no me gusta, lo confieso.
Pues la harriga me obliga,
dije: «Guerra á la barriga
y ejercicio con exceso».

Yo tengo que madrugar
y andar mucho, pero andar
sin objeto es aburrido.
No hay nada más distraído
en el campo que cazar.

Pues á cazar me acomodo,
y perderé de ese modo
la gordura que me inquieta;
pero me faltaba el todo
para cazar: la escopeta.

¿Y adónde la encargo yo?...
¡La pido á Inglaterra!... ¡No!
¡De los ingleses maldigo!
A Elbar le escribí á un amigo,
y de Elbar me la envió.

¡Viva la industria española,
que á la inglesa porta el vuelo!
Pese lo que una pistola.

mi escopeta, y esta sola
si la dejan en el suelo.

Per el amor nacional
olvidé la principal
idea de estas quintillas.
Me ha sentido de perillas
mi ejercicio matinal.

Sin perder el apetito,
así el engordar esito.
Mi pericia es ya completa
y, gracias á mi escopeta,
pego un halazo á un mosquito.

Mi puntería tal es
que á principios de este mes,
con arranque varonil,
apunté á un gajo montés
y le di á un guardia civil.

Tirando no tengo igual
y hago cosas peregrinas.
Hace poco, en un corral,
disparé contra un zarzal
y maté siete gallinas.

Desde que soy cazador
me encuentro mucho mejor.
¡Buena es que sepa tirar,
por si tengo que matar
algún día á un editor!

JOSÉ JACKSON VEVAN.

EL ARTE POR EL ARTE

Se aplaudió á más no poder
y, entre gritos de alegría,
salió á la escena el primer
tenor de la compañía.

¡Qué expresión angelical!
¡Qué talento y qué dulzura
en aquel dúo final
de la hermosa partitura!

El público, entusiasmado,
dió *bravos* atronadores...
y el tenor fué proclamado
como rey de los tenores!

Eumedio de la ovación,
ninguno fijó la vista
en la pobre Encarnación,
que era una chica corista
que entre todas descollaba
por lo guapa, por lo hermosa...
y porque desafinaba
de una manera espantosa.

En cuestiones de armonía (1)
la infeliz era un cerrojo,
que lo poco que aprendía
lo cantaba allí á su autojo;

y aunque exhibir su hermosura
eran sus aspiraciones,
vela con amargura
las continuas ovaciones

de aquel tenor eminente,
que, al terminar la función,
se entregaba al aguardiente
• al regalar á al peleón.

Algunos años después,
al tenor, gloria del arte,
lo echaron á puntapiés
con la música á otra parte,

porque su voz fatigosa
no era ya la del tenor
que bordaba la preciosa
romanza de *El Trovador*.

Destrozando una ocarina
por ganarse dos pesetas,
lo encontré ayer en la esquina
de la calle de Carretas,
tocando bastante mal
la sinfonía, el rondó
y aquel dúo del final
que tanta fama le dió.

De pronto, paró un carruaje
y se apeó una... *señora*,
luciendo un soberbio traje
y una cara encantadora,
y, lo que es más, dos pendientes
de brillantes de primera
y piedras resplandecientes,
que para mí las quisiera.

Se le acercó con rubor,
le dijo yo no sé qué,
dió una moneda al tenor,
volvió á montar y se fué.

Era la moneda de oro
y la... *señora* en cuestión
la que cantaba en el coro,
¡la preciosa Encarnación!

FIACRO YRÁYZOZ.

BATURRILLO

Hay en Madrid cada escritor jocosos con más intención que...
unos puntos suspensivos. De cualquier cosa hacen un artículo ó
una poesía: de un cerdo colgado de la puerta de una carnicería,
ó *carnería*, como rezan los rótulos; de una chica de servir que,
al volver de la compra, se lió á bofetada limpia con un mozo de
cuerita; de una papeleta de empeño, de una media tostada... lo
que se llama de cualquier cosa. Por supuesto que yo no les veo
la *tostada* á los tales engendros de la musa festiva madrileña.
Crean ellos (los autores cómicos, los malos, se entiende) que eso
es el colmo del desenfado y del donaire. Un cerdo abierto en
canal, ¿qué puede despertar en nadie, como no sea el apetito de
comérselo en chuletas? Pues ahí está la ingeniería, en *versificar*
al cerdo. Real y verdaderamente es difícil meter un cerdo en

(1) Yo sé yo que armonía se debe escribir con *h*, pero á mí no me gusta. Hacerla. Lo
que me gusta al Sr. A. P. Grama para su sociocimiento, etc. etc.

redondillas, casi tanto como hinchar un perro, que decía el loco,
de Cervantes.

De estos escritores *chúfuegos* y ligeros (á ligeros no hay quien
les eche el pie adelante), unos se dedican al teatro; otros, á es-
cribir articulillos que ni pinchan ni curan, en los semanarios con
mones; otros, á la crítica (sic), y todos, á fastidiarnos con sus gra-
cias... mohosas.

Ellos se han dicho: el gusto de la época tiende á lo corto, á lo
momentáneo; nuestro siglo es un siglo eminentemente impresio-
nista; prefiere el telegrama, la noticia de sensación, el chasca-
rillo, el cuento picaresco y superficial á los articulizos serios
como... una esquina, á los panzudos volúmenes de prosa indi-
gesta. Además, ya lo decía Shakespeare: la brevedad es el alma
del chiste.

Entre un escritor ligero, pero ingenioso, como Vital Aza, por
ejemplo, y un literato grave y sabiduro, un Cánovas, como quien
dice, no es dudosa la elevación. Pero, en rigor, ¿se puede llamar
escritores festivos á esos mozalbetes presumidillos, imitadores de
Campoamor los unos, y de Vital Aza los otros, que se esfuman
por los periódicos en quintillas chulescas que huelen á *flamen-
guismo* que apestar? ¡No, y mil veces no! Con mucha energía,
con la de aquel á quien tratan de quitarle los cuartos.) Sabido
es que en España todos versificamos. Pero el busilis no está en
versificar, sino en versificar bien, con desenfado, ingenio y co-
rrección. La corrección no consiste *solamente*, como cree el vulgo,
en hacer versos sonoros y en observar las reglas de la rima.
En una octava no debe haber versos agudos, como se ven en
muchas octavas de Espronceda; en una quintilla no deben pasar
por consonantes *voz* y *arbol*, por ejemplo. Tampoco es tolerable
que en un verso haya asonancias, como en este de Núñez de
Arce:

«ese trémulo acento en que la idea...»

Perfectamente, señores. No será yo quien les ponga pleito.
Pero hay otra corrección más importante que esa, la que se re-
fiere á la verdad de la naturaleza. En este sentido, Shakespeare,
según advierte Macaulay, es un escritor correctísimo, á pesar de
sus violaciones gramaticales y retóricas.

Claro que en lo festivo, como enseñan los retóricos, no se
exige la verdad que ellos (los retóricos) llaman *absoluta*, en opo-
sición á la verdad *relativa*. Antes el gracejo de una agudeza re-
leva al escritor jocosos, si no del todo, en parte, del respeto que á
la verdad debe guardarse. Quevedo, pongo por caso, en su
Gran Tacaño, pinta al Dómine Cabra con tal exageración que
nos desternilla de risa. ¿Hay zapato de hombre, por gigantesco
que sea éste, que pueda servir de *tumba á un filisteo*? Hipérboles
de este jaez se encuentran á porrillo, no sólo en el *Gran Taca-
ño*, sino en muchas obras del propio Quevedo y de otros sa-
tíricos.

¡Qué difícil es mover á risa sin menoscabo de la verdad y de
los cánones literarios, de los que se fundan en la naturaleza y
no en el mero convencionalismo de los gustos particulares!

**

¿Y dónde me dejan ustedes á los que se las echan de críti-
cos... satíricos, sin tener ingenio, ni Cristo que lo fundó? Para
ellos no hay reputación respetable. Zorrilla (á quien yo, con
perdón, no juzgo tan gran poeta como dicen) es un viejo cho-
cho, fantasma de un romanticismo delirante y gárrulo; Núñez de
Arce, un versificador ampuloso y hueco; Campoamor, un descami-
sado literario....

Conste que éstas no son invectivas mías. Las he oído de la-
bios de esos jóvenes biliosos y desesperados, en la mesa de un
café, no diré cuál. ¡Hasta el mozo—que me recordaba al *Pipi* de
La Comedia Nueva—metía su cucharada!

Por el contrario, pecan de archibenévolos con los principian-
tes, á quienes ponen

«fiera del mundo, en la región etérea.»

Soy el primero en creer que á los que empiezan y revelan in-
genio debe alentárseles, pero con parsimonia y sanos consejos.

Ya sé que á mí no me tragan, y cuenta que no me las echo
de maestro, ni mucho menos, por la sencilla razón de que no
les elogio, como si yo hubiera venido al mundo para aplaudir á
todo el que escribe.

Empiezan por ser furibundos enemigos míos, no pierden oca-
sión de mordernar, y cuando se convencen de que yo no les
hago maldito el caso, solicitan mi amistad y entonces hay que
oírles.—Si usted siempre me ha sido muy simpático. Si yo le he
pegado á usted ha sido por buscarle la boca. Usted vale mucho,
etcétera.

El mismo efecto que me produjeron los vituperios, me produ-
cen las alabanzas de estos sistemerosos.

—Pero, hombre—le pregunté cierta vez á un joven amigo de

VIAJES EXTRAORDINARIOS



Cargó el diablo con lo que, en su humilde opinión, Y, previo el acostumbrado temblor de tierra, descendió al abismo.



De pronto nos hallamos en la margen de la laguna Estigia, esperando que nos llegara vez para pasarla en la barca de Caronte.



Llegó el susodicho señor Caronte y entramos en la barca unos cuantos condenados.



¡Figúraos mi asombro al encontrarme allí con el capellán del vapor italiano, á quien, por equivocación, habían asesinado los salvajes!



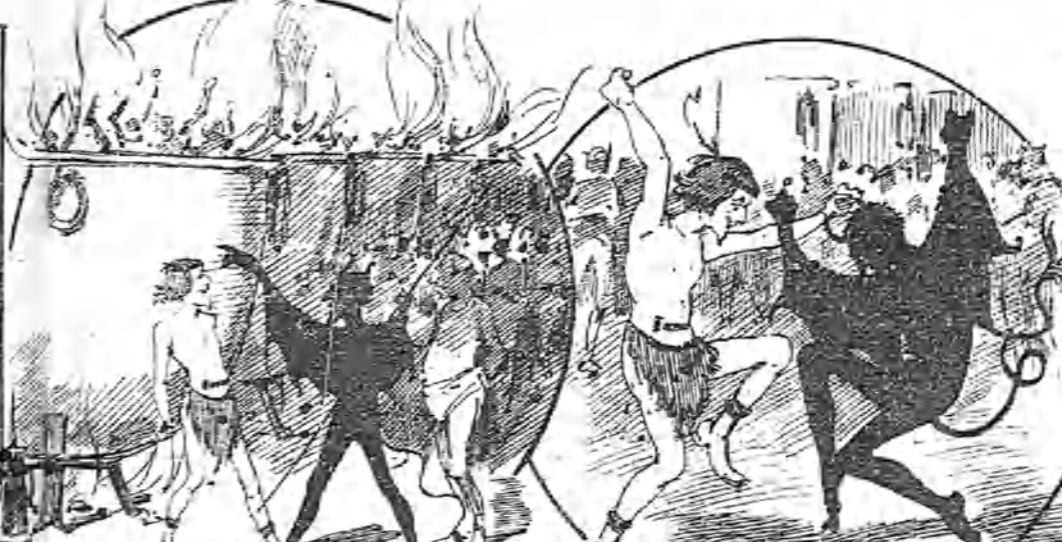
El reverendo, irritado por mi mala pasada, se salta de mi son fúria, haciendo necesaria la intervención del barquero.



Llegamos á la orilla opuesta, atracó la barca y nos hicieron entrar en una inmunda oficina, donde se nos tomaron las filiaciones.



Y desde allí á otra, donde á cada quisque le destinaron al tormento que por clasificación le correspondía.



A mí me tocó por desventura! achicharrarme en la misma caldera que el capellán, detalle que me llegó á lo vivo.



Por lo cual armé con el diablo guardián una de cachetes que temblaba el misterio.



Al ruido de la rüa llegó mi amigo Estrada, que andaba por allí haciendo de ministro universal, corrao poaizo, y acompañado de una hermosa diablo.



Me llevó inmediatamente al despacho de S. M. Luzbel, que me recibió con exosaira simpatía.



Hícele presente que estaba allí por equivocación, sin duda, puesto que las culpas del Manam Cósmico, todas veniales, no merecían el fuego eterno, y cuando más, las penas del purgatorio por tiempo limitado.



Convencido el rey de las tinieblas, me dejó marchar. Me despedí del alegre panchero santanderino...



y tomé de nuevo la barca para buscar la salida. El capellán me seguía como la sombra al cuerpo.



Pero ¡ay! cuando iba á poner el pie en la banda de estribor, un diablo le demno groseramente diciéndole: -¡Quia! Compañero, a...

otro que me satirizaba en todos los papellitos que podía: que le ha hecho yo á esa joven amiga de usted para que me trate tan mal?—Vera usted. Dice que hace muchas noches le fué presentado á usted, y que usted, á pesar de eso, le vió la otra tarde en la calle de Alcalá y le negó el saludo.—¡Me gusta! De suerte que si le saludo me da un bombo: ¡Qué culpa tengo yo de ser tan distraído? Dígame que no sea tanto y que se deje de esas majaderías, que yo le saludaré tan pronto como le vea. (Histórico.)

Se podía escribir un artículo titulado: *Influencia de los saludes en la crítica española.*

(Cómo pensar, ó crítica española,
que en pocos lustros descerdieras tanto)

como dijo Núñez de Arce, salvo lo subrayado, con ocasión de la muerte de Ríos Rosas.

Mi fama de orgulloso y despreciativo, entre gran parte de esos libiputienses literarios, ha nacido de mis distracciones y de mi modo de andar, aunque parezca mentira. ¡Orgulloso yo, que raras veces voy al Real porque... no tengo el dinero para la butaca! Confieso que no me gusta el paraíso. Por donde se explica mi humildad. Si fuera orgulloso, me iría arriba, á lo alto.

Soy de los que ni buscan ni desprecian á nadie. Prefiero, eso sí, un enemigo á un amigo. Verdad es que casi todos los enemigos empiezan por ser amigos y... á la inversa. Salvas contadas excepciones, jamás he solicitado la amistad de nadie. Soy refractario, por naturaleza, á las presentaciones y á los servilismos más ó menos atenuados. Puedo decir, *sin temor de ser desmentido*, que los más de los amigos, mejor dicho, de los conocidos que tengo, me les he encontrado en la calle.—¿Usted es Fulano?—Sí, señor.—¿Y usted es Zutano?—Sí, señor, y... anda con Dios.

Y obró de igual manera con el sexo femenino.—Usted no me conoce á mí. ¿verdad?—No, señor.—No importa. (Pausa.) Pues usted me gusta mucho, y yo, aunque no vengo con buen fin, deseo tratarla, si usted no se opone. Y... ¿me dan calabazas, ó me admiten. ¡Soy muy Tenorio!

Pero volviendo á lo de engreído, cosa que al público no le importa. En rigor, ¿hay algo que le importe al público, como no sea que le rebajen la contribución? Tan no soy engreído, que verán ustedes.

Yo (satánico yo), que tengo la mala costumbre de ser equitativo (no quiero decir que sea de *La Equitativa*, sociedad de seguros), hablo de los libros que me remiten (porque á mí ya me remiten libros... cosa que tampoco le importa al público) con entera franqueza y justicia, ó por lo menos, con lo que yo entiendo por justicia. Se ha dado el caso de que algunos de esos autores á quienes yo he elogiado, porque á mí ver lo merecían, han dicho de mí, á raíz de la publicación del bombo, que yo no sabía de la misa la media. Yo he reflexionado (¿quién no ha reflexionado alguna vez en su vida?) si soy tan para poco en sentir del autor elogiado, ¿á qué me remite su libro? Claro que me le remite para que yo le celebre, que á nadie sabe mal la alabanza, aunque venga de un porro.

Bueno. ¿Ustedes creen que eso influye en mí hasta el punto de volver la tortilla y poner como nuevo, en cuanto se me presente la ocasión, á quien antes elogió? De ningún modo. ¿Que no valgo nada?... ¡Qué le hemos de hacer!

Y si se me ofrece la oportunidad y la cosa lo merece, vuelvo á celebrarle, sin acordarme de las perrerías que de mí haya dicho. ¿Que me envía un libro malo? Pues le sacudo el polvo, y en paz.

¿Puedo ser más llano y sincero?

En un periodiquito de Barcelona acabo de leer una critiquilla, ó lo que sea, en que declara el que la suscribe que mis escritos se le indigestan. Pensarán ustedes que le guardaré rencor, que le daré la callada por respuesta. Ni por pienso; le contesto ahora mismo, en *caliente*, y me quedo tan fresco: mis escritos no le gustan á usted porque no se ha hecho la miel.... (¡Ya estoy vengado!)

Otro ejemplo y voy á concluir, como dicen, esos diputados que no acaban nunca. *La Epoca*, que no me puede ver, yo no sé por qué (acaso por lo bien que suelo hablar de D. Antonio), me dice, entre otras lindezas, que la crítica debe ponerme las penas á cuarto, porque he dado en la *manía* de atacar á la Academia con el fin de adquirir celebridad.

Concibo que se adquiriese nominadía arremetiéndolo contra un vivo forzado y brioso; pero contra la Academia, que es un cada-ver ¡diferencia! vamos, que *La Epoca* está tocando el violón.

Este arañazo no me le contestará *La Epoca* hasta que yo le remita otro libro mío. ¡Rencorosa!

FRAY CANDID.

LA PROVIDENCIA

Conozco á un caballero muy distinguido que tiene lo que pocos han conseguido, porque vive soltero con sus millones, sin sufrir desventuras ni desazones. Siempre le ha protegido la buena suerte, ¡es feliz! tira duros y se divierte. Sus amigos son hombres muy principales, le aprecia y hasta mima la aristocracia, y en fin, que no daría señas mortales de la desgracia.

Pero este caballero tan respetable, que tiene una fortuna considerable, ha sido en otros tiempos un simple hortera que, haciendo los negocios á su manera y robando á los pobres lo que podía, vió crecer su fortuna de día en día. Prestó sus capitales al mil por ciento, tuvo toda su vida las manos sucias, y en los pleitos habidos era un portento por sus astucias.

En el mundo le tienen por muy honrado, siendo un ladrón farsante bien educado, y aunque de sus maldades hay mil testigos, todos le consideran.... ¡son sus amigos! haciendo de buen grado la vista gorda. (¡La gente en casos tales es ciega y sorda!) Él da fiestas grandiosas en sus salones, todos le aprecian mucho, todos le adulan, y sabiendo el origen de sus millones, lo disimulan.

Se habló en una tertulia de tal sujeto, y aunque en estas cuestiones nunca me meto, empecé á criticarle sin miedo alguno, llamándole indecente, granuja y tuno; yo vi que se asustaban los que me oían, y estas y otras palabras me dirigían: «Insulta usted á un pobre que ha conseguido, con su mucho talento, gran opulencia. ¿Que se ve por la suerte favorecido? ¡La Providencia!...»

En un café, más tarde, volví á expresarlo, y no me quedan ganas de recordarlo, porque todos dijeron con gran cinismo lo mismo que los otros, casi lo mismo, llenándose de insultos y de improperios por haber descubierto tales *misterios*. Desde entonces, ya tengo mucha experiencia y así me amarga el recuerdo del disgusto. Por eso, al ver un *rata* de la opulencia, digo siempre ante el mundo: ¡la Providencia! y añado por lo bajo: ¡Valiente pillo!

EMILIO DE MOTTA.

AL CAMISERO

Sépa usted que trabajando desde el miércoles al martes y privándome de todo reuní sesenta reales, y me hizo usted dos camisas y se las pagué al instante, y resulta que no sirven por ser demasiado grandes. Estoy dado á cuatrocientos millones de *Barrabases*, porque no tengo en mi casa camisa con que mudarme, y soy los chorros del oro.... ¡y no es porque yo me alabe! ¿No tomó usted las medidas? Pues no me pegará nadie que he comprado por tres duros el derecho de insultarle. A usted le hará poca gracia que un parroquiano le falte al respeto, y querrá hacerme un chichón en cualquier parte. Es natural, pero vamos á cuentas, y hablemos antes:

Yo escribo de vez en cuando juguetes insustanciales, y como no soy maestro, acierto de tarde en tarde. Bueno, pues usted entrega en el despacho tres reales,

ocupa usted su butaca, ¡juez severo é implacable! y ya tiene usted derecho, aunque no entienda del arte, para *pegarme* una silba de las que encienden la sangre. A lo mejor me equivocó al dibujar un carácter ó al hilvanar una escena ó al preparar una frase, y la obrita, que juzgaba de mérito indisputable, me resulta una copiosa colección de disparates. Usted ¡claro! se enfurece, y cuando llega el instante de dar el tremendo fallo, se vuelve contra la *claque* y aboga las palmaditas con que pretende salvarme.... Luego la toma conmigo, me llama bárbaro y cafre y pide á Dios y á los guardias que me lleven á la cárcel.

Todo lo cual me parece muy justo y muy razonable.... ¿No lo hago bien? Pues me gritan: ¡quien tal hizo que tal paguel! Pero la ley es la misma para todos, ó no vale.

A mí me disgustan mucho
estas camisas tan grandes,
y voy á comprar un pito,
y mañana, por la tarde,

á la puerta de su tienda
y cuando más gente pase,
le voy á dar una silba
que se va á oír en Getafe.

SINESIO DELGADO.

VANIDAD FEMENIL

I

Pasaron por mi lado cuatro niñas
alegres y risueñas,
y dije en alta voz, por pura broma:
—Escuche la más fea!
Me oyeron todas; mas ninguna quiso
recoger la indirecta,
y el paso que llevaban prosiguieron
sin mirarme siquiera.

II

Aguardando me hallé pacientemente
á que diese la vuelta,
y dije cuando á mí se aproximaron:
—¡Escuche la más bella!
Cual si movidas en aquel instante
por un resorte fueran...
¡á escucharme, creyéndose aludidas,
vinieron todas ellas!

ALVARO ORTIZ.



Leo:

«Acerca de los—Antecedentes sobre la Revolución francesa—disertará
esta noche D. Rafael María de Labra en El Fomento de las Artes.»
No se molesten ustedes. Voy creyendo que la Revolución francesa se
hizo para eso exclusivamente: para servir de tema en las conferencias.
¡Mire usted que se han celebrado algunas!

✱

Pedro es mudo como un poste,
y el pobre vive aburrido,
siempre en su casa metido,
sin decir este ni moste.

✱

En una revista de teatros se dice que una actriz estuvo «inimitable, can-
tándose por lo jondo con verdadero *scintilla*».

Al paso que vamos, se hará la crítica de un estreno de la manera si-
guiente:

«El tenor se arrancó en corto y por derecho con una romanza de *barambulen*;
la tiple se arimó demasiado á las tablas, y el barítono largó su parte
en el terceto con mucha *jindama*. Del bajo sólo podemos decir que estuvo
receloso y huido toda la noche.

El coro de señoras se trajo muchos *paripeses*».

✱

Á Melchor dijo Dolores,
que es la flor de las coquetas:
—¿Me quieres?

—Con mil amores.

¿Y tú á mí?

—Con mil pesetas.

PÍO ESCAMILLA.

✱

—Vea usted ese perrito de lanas que acaba de hordar mi Isidora. ¿Qué
le parece á usted?

—Precioso.

—Lo vamos á presentar en la Exposición de París.

—Pero, señora, para estas cosas no hay sección especial, porque ¿cómo
van á clasificar esto?

—Pues como lo que es. ¡Me va usted á decir ahora que en una Exposi-
ción como esa no va á haber una sección de perros de lanas!

✱

Si es el arte la verdad,
allá va este pensamiento
que puede servir muy bien,
en su clase, de modelo.

El mar tiene tempestades
y tiene nubes el cielo,
y el hombre tiene catarros,
principalmente en invierno.

E.

✱

En un juicio oral:

—¿Qué profesión tiene el testigo?

—Vendedor de cajas de cerillas.

—¿Dónde las vende?

—En la Puerta del Sol.

—¿Vió pasar por ese sitio el día 14 de Noviembre á un caballero con
sombrero de copa y corbata con pintas?

—No, señor, ese día no pasó nadie por la Puerta del Sol.

✱

Saló de casa
don Homobono
con ropa nueva
dándose tono.

y nadie sabe
dónde se ha ido.
Sus hijos dicen
que no ha volvido.

✱

Se ha publicado el cuaderno 3.º de *La España Moderna*, que ha obteni-
do justificada aceptación. Contiene la conclusión de *Torquemada en la he-
guera*, novela de Pérez Galdós, artículos de los Sres. Guillén Robles, Se-
llent, Becerro de Bengoa, Riva Palacio, Mérida y Marqués de Figueroa, y
una lindísima poesía de Manuel del Palacio.

✱

I. libros:

Cosas de ayer, precioso poema de nuestro asiduo colaborador Luis de
Ansorena, que ha dado en él una nueva prueba de ser poeta de verdad.
Precio: 1 peseta. La Administración del MADRID COMICO servirá á vuelta
de correo los pedidos que se le hagan de esta obra.

De Madrid á Filipinas (impresiones de un viaje), ameno é interesante
libro de D. Aristides Stenz de Urraca. Precio: 3 pesetas.

Coronas poéticas, por D.ª Vicenta Alameda del Castillo.

Estrellas errantes, colección de poesías de D. Salvador Rueda, en que
el autor demuestra un talento y un estilo brillante. Precio: 1 peseta.

María, poema, por D. José Martínez Medina. *Elegía*, del mismo autor.

Precio de cada folleto, 50 céntimos.

Cabecitas rubias se titula el volumen 11.º de la *Colección contemporánea*,
y le constituye una lindísima novela de D. J. Navarro Reza. Precio: 1
peseta.

Debajo de unas faldas, novelita alegre, por Pasquin. Precio: 1 peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. G. P.—Zaragoza.—Si no fueras jorobada
serías una gran figura,
pero con el bulto ¡hay!
ni siquiera te se ocurra.

Ni eso es cantar, ni eso es ortografía. Si el libro en preparación es por
el estilo, más vale que no lo dé usted á la estampa.

Capita.—La cosa tiene gracia. Primero se queja usted mucho porque no
se le contesta; luego le dicen á usted que eso es muy malo, y echa pestes.
¿Qué quería usted? ¿Que le diéramos almendritas garapiñadas?

Sr. D. P. T.—Madrid.—Remalísimos.

Marisápalos.—En efecto, eso de la parodia no pega.

Floritor.—¡Caramba! No puedo dispensar la ortografía, porque lo pri-
mero que debe saber el que se dedica á escribir es eso, escribir.

Sr. D. M. I. R.—Madrid.—¡Puch! ¡Qué mal gusto!

Sr. D. J. de N.—Barcelona.—Es atrevidilla y sin gracia.

Gutres.—Eso es de una formalidad aterradora.

Sr. D. F. C.—Sevilla.—He dicho doce mil veces *diversas*, como decía
el otro, que cuando no se contesta es porque la composición no se admite.
Y ésa es tan mala que parece hecha así á propósito.

Cantor.—Bilbao.—¡Oh, Cantor!

Recibí las seguidillas
en cuartillas.

¿Las publico? ¡No señor!

T. O. Tims.—Matanzas.—¡Compare! me paece que se va su mersé del
seguro. Eso es un poquito *susio*, ¿eh?

Eso es.—Sí señor, eso es... otra porquería.

E. Pi. Grama.—Tenga usted razón. No vacilo en cantar la palinodia. La
palabra *varal* está mal y se ha debido corregir á tiempo. El epigrama es
muy malo, créame usted. Le habrán dicho á usted lo contrario personas
competentes é imparciales, ¡lo creo! Y creo también que serán más compe-
tentes que yo, pero más imparciales.... ¡cal!

W. C. 1.º.—Madrid.—Si se confundirán, pero como aquí sobran artícu-
los auténticos....

Pepiyo.—Toledo.—¡Ha hecho usted eso en cinco minutos! Pues ha perdi-
do usted lastimosamente los cinco minutos.

Un capellán.—Dispensad, padre, pero no es publicable eso.

Anís.—Eso es guasa pura. Y no me hable usted de la *ritma*.

Sr. D. E. de B.—Valencia.—Pues.... no los encuentro. Gracias por lo
otro, ¿eh?

Sr. D. J. N. M.—Madrid.—Bueno, hombre, no hay que incomodarse.

¿Qué quiere usted, que rectifique? ¿Que *ablsar* se escribe así? Pues bien, sí,
se escribe con h! Pero no nos asuste usted, porque como somos niños de
pecho....

Frey Viruta.—F. de la C.—*Tiritis*.—*Suspensio*.—R. A.—*Chipiipo*.—
F. V.—*Cero*.—B. *Leta*.—*Un constante lector*.—*Marianela*.—No son publi-
cables.

UNA PAREJA



Dos sujetos principales, graves, sesudos, formales y agregados de embajada, como quien no dice nada.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.-

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

Premiada en la Exposición de Barcelona con

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTEA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINIGIO LEADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.